

PUBLICACIONES DE LA UNIVERSIDAD DE LA REPUBLICA - MONTEVIDEO - URUGUAY

DOMINGO LUIS BORDOLI

ANTOLOGIA DE LA
POESIA URUGUAYA
CONTEMPORANEA

TOMO I

9

BORDOLI
en

3057
Bibli
ar
v. 1
DOMINGO LUIS BORDOLI

**ANTOLOGIA DE LA
POESIA URUGUAYA
CONTEMPORANEA**

TOMO I

Universidad de la República
DEPARTAMENTO DE PUBLICACIONES

Letras Nacionales 9

Departamento de Publicaciones
Universidad de la República
Montevideo - Uruguay - 1966

Propósitos

1. — *Es más fácil ser un gran poeta que un gran lector de poesía. Esto que parece mentira, es verdad —poco pública y grande verdad— por lo menos desde los tiempos de Montaigne: (...) “es más fácil hacerla que conocerla” — decía. Ya en su tiempo, el número de poetas superaba el de los jueces e intérpretes del verso. ¿Pero cómo debemos pensar para que dicha sentencia nos resulte segura? Es el mismo señor de Montaigne quien nos la explica: “Una medida baja, se puede juzgar por los preceptos y por arte; mas la buena, la suprema, la divina, está por encima de las reglas y de la razón”. ¿Qué quiere decirnos Montaigne cuando nos habla de una medida baja? La medida, la “mesure” es, en métrica, la cantidad de sílabas exigida por el ritmo. Y por extensión, todo lo que cabe en la técnica, en los preceptos y en los procedimientos, cuando éstos pueden pasar de un poeta a otro, sirviendo entonces como unidad de medida. “Juzgar por arte” significa, para Montaigne, etimológicamente, juzgar por técnica.*

Nada menos que Ruben Dario se ha enamorado de estas viejas frases. Nos las presenta en “Dilucidaciones”. Y las recitamos para que el lector se ayude, y nos ayude— abdicando su reconocida beligerancia tan sin necesidad puesta de manifiesto en cualquier punto y hora, cuando de estas gestas de pluma se trata.

2. — *Una frase de Coleridge, muchas veces citada, define la fe poética como una “tregua voluntaria y momentánea de la incredulidad”. Si no hay desde el comienzo una confianza del lector en el autor, no hay comunicación poética posible. Se trata de una confianza que uno mismo se digna conceder, y que concede no de manera lisa y llana, enteriza y global, sino por momentos, con intermitencias, dentro de las cuales el espíritu se reasume a fin de enfrentarse al autor y juzgarlo.*

Sin esta confianza inicial y provisoria, el lector no podrá hacerse capaz de ese gusto proteico que lo capacita para pasar de un poeta a otro de una antología, sabiendo que debe cambiar los anteojos.

3. — *Escribía Jorge Luis Borges en 1941 de dos antologías teóricamente posibles: una primera, rigurosamente objetiva, científica, “estaría gobernada por el propósito de cierta enciclopedia china que pobló once mil cien volúmenes: comprendía todas las obras de todos los autores”. La segunda, sería estrictamente hedónica, subjetiva, hasta llegar incluso a recoger no composiciones enteras, sino fragmentos. Pero cabe asimismo —pensamos— una tercera: en esta cuestión de gustos bien puede suceder que cuando ponemos el nuestro al margen —porque, por ejemplo, no nos sirve delante de determinado poema— logremos hacernos puntos de vista nuevos que den por resultado la autenticidad de ese determinado poema y el enriquecimiento, en consecuencia, de nuestro propio gusto.*

4. — *No se hace esta antología pensando que los lectores conocen la mayoría de las obras de los autores. En nuestras noticias particulares sobre cada uno, la tendencia al ámbito literario y la semblanza priva sobre la disquisición valorativa. Y como toda antología concebida con*

alma coadyuvante quiere ser excitadora de más amplias lecturas, nuestras presentaciones intentan orientar en las dificultades, por el mismo camino donde hemos creído encontrar nuestras personales vías de acceso.

5. — Con procedimiento análogo al seguido por Arturo Segio Vica en la "Antología del Cuento Uruguayo Contemporáneo" y de Carlos Real de Azúa en la "Antología del Ensayo Uruguayo Contemporáneo" encerraremos los límites de la nuestra dentro de, más o menos, las mismas fechas: desde la generación que apareciendo por 1915 tiende a separarse de la poesía del "900" hasta la que da señales de madurez en 1945, o unos años más tarde.

6. — No aparecen en esta antología los que, iniciados en el verso, lograron más cumplidamente su vocación en otros géneros. Por ejemplo: Morosoli, Juan Mario Magallanes, Enrique Amorim, Francisco Espinola, Montiel Ballesteros.

7. — Tampoco aparecen los que no han perseverado en la producción poética cuando, más que una segura calidad, lo publicado revelaba el ensayo, el tanteo, la promesa.

8. — Asimismo —excepto un sólo caso— son excluidos los autores que no han recogido sus poemas en libro.

9. — La tendencia a una mayor difusión de nuestra poesía que la Universidad de la República procura mediante este libro, mal se vería secundada si hubiéramos espigado en ella con el criterio de las minorías. Cuando en ciertos casos la incorporación de la poesía hermética se ha hecho ineludible, nuestra tendencia de fondo ha buscado los ejemplos capaces de ser aprobados por lo que llamaríamos un lector "medio", sensible al verso, culto, y de varios gustos. En realidad, nosotros mismos no somos más que ese lector.

10. — No nos rige un criterio polémico. No hemos despreciado la estimativa crítica ya más o menos estabilizada sobre cada autor. Pero sí nos hemos apoyado sobre ella, hemos también revisado todo según nuestras fuerzas.

11. — Nuestra atención se ha fijado sobre los poemas y no sobre las "poéticas".

12. — No siempre es un reconocimiento de más alta calidad, el número de composiciones con que representamos a cada autor. Hay poetas fácilmente antologizables, y los hay difusos, con puntería y yerro alternos, o de larga trayectoria y cambios formales y temáticos. Exigían, por ello, una ejemplificación más abundante.

13. — Las veces que nos fue posible consultamos a los autores y les pedimos una selección de sus poemas para esta antología. La hemos tenido en cuenta sólo en la medida en que ampliaba o se acordaba con la nuestra. Obvio es declarar entonces nuestra total responsabilidad.

14. — Como se verá, nuestra antología consta de dos partes: antología de poetas y antología de poemas. Los motivos que nos llevaron a esta división son explicados en nuestras palabras de presentación a esta parte final.

José Alonso Y Trelles (1857-1924)

Quando en el año 1915 "El Viejo Pancho" prologaba en el Tala su "Paja Brava", era apenas consciente de la formidable difusión que, a poco, y en ambas márgenes del Plata, alcanzaría su obra. "Los renglones desiguales (¡cualquier día les llamo yo versos!) que te brinda este volumen", así decía el prólogo. Y en versos dedicados a los redactores de "El Fogón":

Tengo no más de una cuerda

(...)

Y no hay más... pura zoncera

Pura espina, puro abrojo.

Charamuscas e mataojo

que no son más que humadera.

Al paso de los años, el éxito creciente mantenía en verdor su "Paja Brava", y nuevos poemas fueron engrosando hasta 1922 la primitiva colección. Con Alcides de María y Elías Regules, el Viejo Pancho compuso el trío que dio mayor relieve al cenáculo congregado en torno a la revista "El Fogón". Esta revista agrupó, pese a su nombre, no a la gente del campo sino a personas ilustradas y urbanas. Eran, por ejemplo, hombres de negocio, abogados, médicos y hasta magistrados; personas todas de carácter apacible y costumbres morigeradas, capaces de padecer, sin embargo, irresistibles acometidas que les hacían calzar espuelas, echar poncho al hombro, y largarse a la calle los domingos de mañana diciendo ¡canejo!

Indefectiblemente, las cosas no pasaban de ahí; y los versos que escribieron, tampoco.

Julio J. Casal (1889-1954)

Cuando los jóvenes de 1940 atacaban al grupo de "Alfar" o se mantenían frente a él en un alejamiento escéptico, acertaban más o menos en cuanto al juicio de validez sobre el grupo, pero incurrieron en injusticia con respecto a Casal. Se le mezclaba sin más ni más con uno cualquiera de aquéllos que fueron arrebañados bajo el rótulo de "soneteros de Aude".

En cambio, los jóvenes de hoy han comenzado a mirar con justicia la obra de Casal. Así en "El Ciudadano" (Agosto, 1958) Heber Rabiolo ha hecho un breve y fino análisis sobre una selección de "Distante Alamó". Y el año pasado, el grupo "Aquí Poesía" publicó una Antología precedida de juicios críticos.

Si es necesario apartar a Casal de un aluvión de poesía innecesaria que él mismo prohibaba en una confusión eufórica, también debe distinguirse lo mejor de su poesía, tanto de la influencia "ultraísta" juvenil —aunque lo liberase, como ha sido dicho, de la sentimentalidad romántica— cuanto de la influencia posterior de Juan Ramón Jiménez y su "poesía desnuda".

A los veinte años Casal trasladóse como cónsul de nuestro país a la Coruña, y vinculándose al joven movimiento literario español empezó la publicación de su Revista "Alfar". Escritores que serían famosos colaboraron en ella: Lorca, Salinas, Jiménez, y fue también uno de sus animadores, Antonio Machado. Agreguemos su estrecha amistad con el pintor patriota Rafael Barradas. Las cartas de Barradas a Casal en base a dibujos (Alfar N° 87) dan una idea limpia de su nostalgia montevidéana: el trencito de la plaza Cagancha, el paseo de las pasivas cuando llovía, o por la aduana y el parque Rodó; y sobre todo sentir los vales de Metallo que salían por todos los balcones de la calle Lavalleja, de 9 a 11 de la noche.

De regreso al país en 1925, Casal continuó la publicación de su revista con una constancia mantenida hasta sus últimos años. En esta segunda etapa la revista mostróse de una generosidad amplísima. Y permanece como uno de los documentos más preciosos porque refleja todo lo bueno y malo que la literatura nacional ha producido en sus últimas décadas. En medio de este entusiasmo tan escrupulosamente protegido cuanto nada vigilado: infatigable, iba de unos a otros sin darse tregua, con su buena sonrisa de siempre, don Julio J. Casal, sin retacear un apretón de manos admirativo, aquí; y una ligera palmadita de estímulo, allá. Eran los tiempos en que la travesura lo imaginó pidiendo a gritos "un soneto corto" cuando la colaboración del fiel era muy larga; y en que una publicación cómica en su Diccionario del Disparate definía —dada la inalterable tendencia a la éloga que siempre mostró la revista —como "Alfalfar"—: "dos números de la revista "Alfar".

Bromas aparte, bien consciente era Casal del peligro que acarrecaba aquella su generosidad sin tasa. Así en el N° 88, escribe: "Entre nosotros no ha existido la preocupación por la crítica, (...) escapando de la realidad por falta de condiciones o llevados de exceso de lirismo, nuestra misión ha sido no la de analizar dando el ambiente, la justa o discutible calidad de un libro, sino exaltándolo con imágenes que nada tienen que ver con el libro que se juzga. La realidad de la obra se nos escapa, porque no sabemos sumergirnos en su atmósfera o preferimos encontrar un pretexto, para dar lo nuestro en un nuevo poema. Pero si es cierto que el poeta pone en su viaje algo de la pasión que, por lo general, falta al crítico, preocupado en cambio, en despertar su propio mundo, no logra revelarnos el mundo del escritor por el que viaja emocionado, pero a ciegas".

Como vemos, es un testimonio notablemente claro acerca de la crítica lírica, y, sobre todo, de sus limitaciones.

Al margen del "ultraísmo" juvenil y del "nudismo lírico" que cultivó después, se encuentran los versos mejores de Casal. Su patria poética es España y, sobre todo, el alma tierna de Galicia. La edad más propia para su poesía es la infancia. Así nos dice: "Me ha interesado más que el color del paisaje, la libertad del aire, el color del recuerdo. Hemos preferido conversar con las cosas pequeñas, hablar con voz dis-

tante, íntima, de infancia". Y en efecto, nuestra poesía reconoce en la obra de Casal a uno de nuestros más finos poetas de la nostalgia.

Obras: Regrets, 1910; Allá Lejos, 1913; Cielos y llanuras, 1914; Nuevo Horizontes, 1920; Huerto Maternal, 1921; Humildad, 1922; 56 Poemas, 1923; Arbol, 1925; Poemas, 1926; Colina de la Música, 1933; Cuaderno de Otoño, 1947; Distante Alamo, 1956.

"Luz del Domingo"

*Luz de domingo
perdida geografía de mi infancia.
Tienes
no sé que aire de inocencia antigua
y el mismo
color de la memoria de mi madre.
El hombre del farol tendía un oro
de margaritas en la plaza.
Te caía en el hombro
la sombra de una acacia.
La noche iba distante
encendiendo ventanas.
Sin levantar los ojos, una estrella
sola, entre nubes, miro.
Y se nos va la vida,
y aún estás en mi sueño
luz celeste, lejana de domingo.
(Distante Alamo)*

"No Mueves ni los Labios"

*No mueves ni los labios, porque vienes
solo hablándome en luz. Estoy oyendo
cómo me dices cosas, estoy viendo
cómo llegas del fondo de tus sienas.
En tu sonrisa, entre los ojos tienes
todo lo que en la vida fui perdiendo,
y que, al mirarte ahora, va naciendo
de ti, para rodearme con sus bienes.
Resplandor de tu aliento. La ternura
de tu paloma, como un agua pura
sube de tu silencio a mi latido.
Por tu niebla yo entro a lo callado.
Sé que me hablas sin haber hablado,
sé que eres mía sin haberlo sido.*

Viejo Reloj

No te olvido reloj de la casa paterna.
Tus agujas de acero marchaban lentas, frías.
Friso de golondrinas adornaban tu tierna
madera, en la penumbra de tantos largos días.

Tu péndulo dorado, desde su cara eterna
nos miraba callado. Remotas horas mías.
En tu canto gustaba como en una cisterna
todo el sueño del agua de las lejanas rías.

Viejo reloj de España, que nos trajo el abuelo.
Y de aquel mar Cantábrico y el candor de aquel cielo,
nos hablaba la fina y olorosa madera.

Me pareces un barco que llega de tan lejos
y nos trae el aroma de aquellos pinos viejos
anclando en nuestra antigua y familiar ribera.

(Distante Alamo)

Vengo Desde mi Sombra Para Verte

Vengo desde mi sombra para verte
Traigo la niebla de mi llanto puro
Se me hace el día, de tan triste oscuro
Abierta está mi lámpara a la muerte.

Tú, en la colina de secreta suerte
Separada de mí, por verde muro
Yo, con mi paso voy, lento, inseguro,
sabiendo que al hallarte, he de perderte.

En mi pecho tu rostro. Sólo siento
tu solitaria nieve de paloma
Y es todo claridad, lumbre y aroma.

No en el dolor, sino en tu voz me guío
y la lejana lluvia de tu acento
me lleva a un cielo para siempre mío.

(Distante Alamo)

Disfraz

Más de lo que quisiera voy viviendo.
No seré nunca amado de los Dioses.
Pasaron por mis ojos tan veloces
que en mi alta mar, aún sigo sufriendo.

Desde mi soledad, voy aprendiendo
que tal vez al vivir, me nacen goces
de muerte, y disfrazada en luz de voces
me van mentidas sombras sosteniendo.

Me palpo y esta carne no es la mía
Acaso es noche lo que ayer fue un día,
brillando en apariencia y es su suerte,

Arder y no quemar, vivir en río
sin agua, ser de fuego y sentir frío
y en un disfraz de vida, ir con mi muerte.

(Distante Alamo)

Lluvia Perdida

Juncos emocionados de la orilla,
van recogiendo
el verde atardecido de las flautas.

En la escondida nube
el viento abre ventanas.
Y una hiedra de luz, en tiernos ríos
y místicas colinas,
cuelga del cielo su imprevisto mapa.

Sí, estás aquí; temblor de cielo, huido
en abiertos relámpagos de infancia.
Desnuda en tu inocencia, hasta mi sueño
en espuma de sueño, te devanas.
De los barrancos de la noche, sales
lluvia perdida.

(Cuaderno de Otoño)

La Hiedra

*Cuando acercas tus ojos a mi vida,
percibes sólo el familiar remanso.
No ves la hiedra oscura, sin descanso,
subir al muro de mi ser, ceñida.*

*El agua para ti, canta encendida,
en resplandor de cielo, leve y manso.
Yo, dentro, entre las olas, lucho y canso
mi corazón, por ocultar la herida.*

*Me miras a los días, en espejo
íntimo de dulzura, sobre el viejo
pan del día de ayer, en amor blando.*

*Y para tí, mi mal no transparenta
esa sangre de hiedra, fría y lenta,
que al muro de mi sien, ya va llegando.*

(Cuaderno de Otoño)

Ruego

*Ni tú me esperarás. Ni yo he de ir.
Estás en lo escondido
de tu hiedra de cielo, tan lejano,
que hasta tu rostro
no podrá la muerte
alzarme en su marea.*

*Condenado a seguir desde la orilla
a los que ascienden hasta tí. Mi sombra
da su presencia en el movable mundo.
Apenas sube en luz. Otra vez sombra.*

*Tal vez no quieras que yo llegue. El campo
aguarda en flor de muertos, mi ternura.
Sobre los infinitos lirios echaré
mi corazón de hombre. Déjame ser lluvia.*

*Déjame como niebla ligera
por los caminos.
Seré danza de estío para la rosa débil,
como labio de arroyo para la orilla oscura.*

*Estarán junto a tí los que amaron la vida
y los que la encendieron en heroicos espejos,
los que en duro ejercicio moldearon
el umbral en que se echan perros fieles.*

*Muerto aún amó la tierra. Despertando
del pecho de una muerte está mi infancia.
Íntimo, hundirme
en el enjambre eterno.*

*Renacer en los ojos de los bueyes.
Con el rojo mastín
ladrar antiguamente a los viajeros
que llegan hasta el humo de las chozas.*

*¿Qué he de hacer yo en tu fiesta de elegidos?
Mi corazón es pájaro de agua
de tus copiosas venas de la tierra.
Piensa en un vuelo más que se ha extraviado.
Ni tú me esperarás. Ni yo he de ir.
Haz de mi muerte lluvia. Echala al campo.*

(Cuaderno de Otoño)

A una Rosa

*Yo te ví levantar sobre los prados
cuando la alondra estaba silenciosa.
Iba ascendiendo en pétalos dorados
la arquitectura alada de la rosa.*

*Con sus ojos de un verde ceniciento
entre los juncos de la hora, el valle
se extendía por verte, ágil portento,
de pecho rubio y afinado talle.*

*Los arcos iris de la madrugada
se hacían puente, para que el rocío,
por tu rubor, vertiera su cascada
de cielo en fiesta, desatado en río.*

*Un aire azul, de luna, aún en la aurora,
jugaba por la orilla de tu frente.
Para mirarte, con su fina prora
cortaba un pez el agua de la fuente.*

*La alondra no cantaba. En vuelos asombrados
iba ciñendo brisas de arrullo a tu cintura,
mientras tú, en la rosada soledad de los prados,
te alzabas en un sueño de alada arquitectura.*

(Cuaderno de Otoño)

Pedro Leandro Ipuche (1890)

Los versos de este poeta podrán gustar mucho o poco. Pero nosotros no dudamos que su obra es la presencia lírica más profundamente nacional. No hay nada más nuestro que Ipuche —nos aventuramos a firmar. Y, por supuesto, no creemos que nos acompañe todo el mundo en una afirmación tan categórica.

Se inició en el "nativismo" más o menos en los mismos años que Silva Valdés. Pero para definir su poesía lo más justo es valerse de dos términos que él mismo nos ha proporcionado: "gauchismo cósmico". Gauchismo, sin pintoresquismo y sin uso del dialecto local. Cósmico, pero al mismo tiempo bien radicado en nuestro suelo. Es nacional —más bien americano— sin ser regional; tiene grandeza, pero ésta no es de cualquier parte: en nuestros campos, halla su raíz. Por su telurismo, las aguas, los vientos y las estrellas son cosas nuestras.

Ya está viejecito, pero sigue una llama. Su salud espiritual y su candor conmueven. Salíamos una mañana del Ministerio donde habíamos actuado como jurados, y notamos que su inquietud llevábale a buscar con sus ojos algo arriba, a golpearse el dorso de una mano con el cuenco de la otra, al mismo tiempo que su pie afirmaba alguno que otro pisotón en la acera: "Pero, qué cosa amigo, que me matretea, me matretea..." Don Pedro nos venía hablando de su obra en prosa, y lo que en ese instante le andaba a monte era el verso... y nada menos que después de haber escrito nueve libros de poemas. Felizmente lo recapturó, a poco, con "Aire Fiel".

Cosa curiosa, este poeta tan nuestro ha sido mayoritariamente alentado por críticos extranjeros. Cuando en "La Espiga Voluntaria" Ipuche escribió los dos versos siguientes: "¿La noche ha sido niña alguna vez?"